Ana, la fundadora

Mercedes Giuffré

Ana, la fundadora

Giuffré, Mercedes
Ana, la fundadora / Mercedes Giuffré. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Edhasa, 2025.
268 p. ; 22,5 x 15 cm.

ISBN 978-987-628-794-4

1. Novelas Históricas. 2. Historia. I. Título.
CDD A860

Diseño de tapa: Juan Pablo Cambariere

Primera edición: noviembre de 2025

© Mercedes Giuffré, 2025
© de la presente edición Edhasa, 2025

Córdoba 744 2º C, Buenos Aires
info@edhasa.com.ar
http://www.edhasa.com.ar

C/Diputació, 262, 2º 1ª, 08007, Barcelona
E-mail: info@edhasa.es
http://www.edhasa.es

ISBN: 978-987-628-794-4

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Impreso por Printing Books

Impreso en Argentina

Esta edición de 2.000 ejemplares de *Ana, la fundadora,* de Mercedes Giuffré, se terminó de imprimir en Printing Books, Mario Bravo 835, Avellaneda, Buenos Aires, en octubre de 2025.

A Buenos Aires, por acoger a mis ancestros.
A Asunción, madre de ciudades, por los valientes, por Ana.

Desde su cámara en la carabela, Ana escucha los cantos hasta muy tarde. Algunos acuden a ofrecerle una serenata con vihuelas. Otros merodean como lobos, porque es sola la mujer y el vino y la fiesta aguzan sus ansias de amar.

MANUEL MUJICA LÁINEZ

A mí se me hace cuento que empezó Buenos Aires:
la juzgo tan eterna como el agua y el aire.

JORGE LUIS BORGES

Primera Parte

Capítulo 1

Asunción, 1580

El sol que reverberó en la superficie del río me obligó a cerrar los ojos. Cuando volví a abrirlos, dándome sombra con la mano, divisé varias canoas repletas de peces y de frutos impulsadas por los remos de unos tripulantes carios. A lo lejos, en el puerto, la imponente carabela de San Cristóbal de la Buena Ventura enrollaba su velamen.

Me incliné para meter las manos en el agua fresca, procurando no mojar la pulsera de cuentas de Panambi. La saya se me adhería a la piel sudorosa, pues a pesar de haber llovido durante la noche, el calor del verano era insoportable. Deseaba soltarme los cabellos y zambullirme como una niña, pero sabía que desnudarme a esa hora, sin compañía, era más que imprudente.

Una bandada de aves chapoteaba a lo lejos. Respiré profundo, escuchando sus graznidos, hasta que la voz reprobadora de mi hermano, me sobresaltó:

–¡No deberías estar aquí sola, Ana! ¿Cuándo aprenderás a comportarte?

De inmediato tomé distancia de la orilla, pero no le respondí. Desde la muerte de mi esposo, Pedro se había erigido en el guardián de mi honra.

Unos días antes, había regresado de Santa Fe, a tiempo para presenciar la boda de mi hija, Teresa, con uno de los Martín. Al igual que los demás –no era ningún secreto–, esperaba que yo siguiera los mismos pasos, aunque con treinta años me negaba a contraer segundas nupcias.

Mi hermano decía que la soledad iba a arrastrarme al desvarío y la melancolía, cuando no a la miseria. Me cansé de explicarle que Forel no había sido como los demás. En especial, que no se parecía a los conquistadores de la primera colonia, esa que las viejas mentaban en susurros como "el paraíso de Mahoma", antes de santiguarse. Aunque español, mi esposo no había formado un harén con las infelices hijas de los nativos antes de desposarme.

Si bien era un poco mayor que nosotros y venía de allende los mares, desde que fijó en mí sus ojos verdes, se había comportado como un verdadero hidalgo, no por linaje o riquezas –pues era apenas un soldado, oriundo de Andalucía–, sino por sus acciones. "En las Indias, Ana mía –solía decirme con su acento sibilante–, vale más la sangre vertida que la heredada". ¡Y vaya que había vertido la suya! ¿Cómo iba a reemplazarlo, tan pronto, en mi corazón?

–¿No me oyes, Ana? –Pedro me seguía, malhumorado.

–Estoy bien –me defendí y le señalé la daga mechada al cinto–. ¡Déjame en paz!

Mi hermano masculló un reproche, pues no se suponía que una mujer empuñase arma alguna. Menos si era de condición mestiza, como nosotros.

–Aguarda, por favor –me pidió, dulcificando la voz y tomándome por el codo.

Siempre había sido bueno para manipularme. Me señaló un tronco caído, arrancó una brizna de pasto húmedo y la giró

entre los dedos mientras se sentaba. Yo lo imité, aunque renuente, porque entendí que algo le oscurecía el ánimo.

Un mechón de pelo negro le había caído sobre la frente y se lo apartó a desgano. Sus calzas zurcidas le contorneaban las piernas musculosas y, por un momento, me recordó al niño que había sido, inquieto, deseoso de sobresalir ante nuestro padre.

–Me voy –soltó sin aviso.

–¿De nuevo? –señalé la carabela–. ¡Pero, si acabas de llegar! ¿Por cuánto tiempo esta vez? ¿Es que el teniente de gobernador no les da respiro?

Temía que corriese la misma suerte que Forel: emboscado, asaetado, desangrado.

–Este lugar me asfixia, Ana –me confesó–. Es imposible que prospere si me quedo. Los hijos de la tierra no podemos casarnos por encima de nuestra posición. Al menos, no los hombres –desvió la mirada, incómodo, pues yo me había unido a un español que, aunque pobre, tenía sus prerrogativas de europeo–. No puedo heredar encomiendas y difícilmente llegaré a ascender al mando. Quiero buscarme la vida en otro sitio, ser dueño de mi propia parcela, ganar fama y prestigio acorde a mi valor –hizo una pausa y añadió con gravedad–: No creo que regrese.

Quedé atónita. ¿Qué sería de mí? Nuestros hermanastros españoles nos veían con recelo y desconfianza. Pedro y Teresa eran mi única familia verdadera. O al menos, así lo sentía yo entonces. Si él se iba, solo me quedaría el consuelo de mi hija que, con suerte, algún día me daría nietos.

Precisamente entonces, Pedro añadió lo que había reservado para el final, hiriéndome como una estocada:

–Juan Martín ha prometido que vendrá conmigo.

¡Se refería a mi yerno! Sentí que una cuerda se tensaba dentro de mí. Desde la muerte de mi esposo, yo hacía esfuerzos

para que las emociones no me afectaran, horrorizada por las pérdidas que siempre llegaban cuando menos las esperaba. ¿Hasta cuándo ese despojamiento?, me indigné.

Primero me habían arrancado de brazos de nuestra madre, Savé, una cautiva payaguá entregada a mi progenitor español como botín de guerra. Más tarde, me separaron de Panambi, la nodriza guaraní a quien doña Blanca, nuestra madrastra, consideró inútil para enseñarnos nada, pues no sabía leer ni escribir. En aquel entonces lloré como la más infeliz criatura, albergando esperanzas de volver a encontrarlas.

Cuando murió mi padre, el hidalgo Mateo Díaz, a pesar de la hipocresía de inculcarnos una fe que él mismo deshonraba, comprendí que al menos no se había desentendido de nosotros, sus hijos naturales. Por el contrario, nos reconoció y nos mandó educar igual que a los demás.

¡Qué difícil entenderlo! Aquel hombre había llegado a Asunción en 1542 con el adelantado don Alvar Núñez Cabeza de Vaca, para poner orden entre los europeos entregados al exceso. Muy pronto, sin embargo, los recién llegados se plegaron al desenfreno, arrestaron al adelantado y lo devolvieron a la metrópoli, para que con su pan se lo comiera. Mi padre se quedó.

Siempre he pensado que, víctimas de su propia rebeldía, al verse lejos del yugo de la religión, los hombres como él quisieron beber su libertad cual vino de una bota interminable: conquistar tierras, atraer riquezas, formar un harén con las doncellas que se ganaban en combate –o en el juego–, y sembrar en ellas una España que extrañaban demasiado. En algún sentido, Mateo Díaz, mi padre, me daba lástima.

Forel era diferente, de otra época, más joven. Desde que lo conocí, supe que podía confiar en él. Me refugié en la certeza

de que me quería, no solo para darle placer sino por compañera de vida. Aunque proviniésemos de mundos distintos, había verdad entre nosotros, respeto pero no distancia, porque en la intimidad nos hablábamos de tú cuando pocos matrimonios lo hacían –si acaso alguno–. ¡Maldito el momento en que aceptó sumarse a la misión que acabó con su vida, dejándonos a Teresa y a mí solas!

–Escúchame, Ana –se acercó Pedro, consciente de que mi mente vagaba por otro rumbo–. Quiero asegurarme de que quedes bien provista cuando yo ya no esté.

–No –lo corregí–, lo que quieres es verme casada con Francisco de Ávila.

–Me iría tranquilo de ese modo –admitió–. Fernando no va a volver, créeme. Yo mismo lo vi caer muerto.

–¿Y qué? –me puse de pie–. ¡No soy una prenda de agasajo como nuestra madre, ni una muchacha incauta como Teresa! Grábatelo en la sesera, Pedro, soy una mujer libre y no voy a casarme otra vez, a menos que yo lo decida.

Me cubrí la cabeza con el mantón de hilo y eché a andar, dejándolo atónito. Sin embargo, apenas avancé unos pasos, oí que se incorporaba y me seguía.

–El mundo no es seguro para una mujer sola, Ana. ¿Qué vas a hacer con esa libertad de la que te jactas, cuando te falte de comer? ¿Cuánto tiempo crees que dure la caridad de Diego, que te ha recibido solo porque doña Blanca se lo ha pedido? –arqueó los labios con resentimiento al mencionar a nuestro hermanastro, quien había heredado la propiedad familiar por ser el primogénito español–. ¿O es que piensas ganarte el sustento con las curanderías que aprendiste de esa bruja de Panambi?

Pedro jamás había aceptado a nuestra familia europea. Ni siquiera a doña Blanca, la mujer de mi padre, a pesar del trato

generoso que ella nos había dispensado tras deshacerse de las concubinas. Tampoco apreciaba a nuestra nodriza guaraní. A veces me pregunto si mi hermano habrá querido a alguien fuera de sí mismo.

Detuve el paso, hasta que nos pusimos a la par y busqué sus ojos negros. Pedro solía ser convocado como asistente del timonel en las expediciones militares, pero siempre regresaba. Esta vez no lo haría. ¿Qué sentido tenía separarnos en discordia?

Le pregunté cuándo partiría.

–Apenas lo disponga el teniente de gobernador –me respondió, cortante–. No creo que falte mucho. Un mes, tal vez dos. Lo suficiente para verte en el altar.

–¿Adónde irás? –obvié lo último, mientras nos desplazábamos por las angostas calles asunceñas.

A medida que nos alejábamos de la costa, los aromas habituales de barro, estiércol y serrín se pronunciaban, intensificados por el calor.

–Garay va a reclutar familias para refundar un poblado a la vera del Plata –respondió, dejándome pasmada.

–Dime que no te refieres al antiguo asentamiento de Mendoza –le pedí y, para mi incredulidad, él asintió desviando la mirada–. ¡Tiene que ser una broma, Pedro! ¿Mi yerno piensa arrastrar a Teresa a ese lugar condenado, donde fracasaron otros? ¡Si hasta se comían a los cadáveres para sobrevivir! ¿Has olvidado los horrores que se cuentan?

La expedición del primer adelantado Pedro de Mendoza al Río de la Plata había sido un calvario de principio a fin; un fracaso mayúsculo que se había extendido por años, hasta que los sobrevivientes fueron impelidos a levantar campamento. Solo alguien desesperado o falto de juicio se aventuraría a semejante quimera, sabiéndolo. Sin embargo, Pedro estaba decidido.

¡Y, al parecer, Juan Martín también! Tendría que hablar con Teresa. ¡Quitarles de la cabeza, a ella y a su esposo, tamaña insensatez!

* * *

Esa misma tarde, entre redobles de cajas y pífanos, ante la multitud que abarrotaba el mentidero de la Plaza Mayor, el heraldo de la casa fuerte subió a la tarima de los anuncios. Vestido para la ocasión con un sayo de ceremonias, calzas oscuras, un morrión coronado de plumas rojas y una coraza de metal bruñido que lo hacía sudar como cochino, desplegó el edicto rotulado con la firma del teniente de gobernador y capitán general Juan de Garay, representante comisionado por el adelantado don Juan Torres de Vera y Aragón, y blablablá, y leyó a voz en cuello los primeros párrafos cuajados de formalidades. Como los oyentes se inquietaban, pasó a la convocatoria de voluntarios dispuestos a costearse los gastos, llevar consigo ganado, semillas y cuanto hiciera falta para sobrevivir en la villa a refundarse, hasta la primera cosecha.

No era una oferta tentadora, si se añadía que el paraíso prometido era una llanura con escasas piedras o árboles sólidos que dieran buena madera para construir viviendas, fangosa por la abundancia de lluvias y, a la sazón, merodeada por nativos hostiles. ¡Por algo habían fracasado los primeros conquistadores! Ni siquiera un ser propenso al optimismo, como el buenazo de mi yerno, caería en semejante engaño, aunque sus ansias de aventura le inflamaran el pecho y le nublasen la sesera, como a otros.

El heraldo tendría que esmerarse un poco más, pensé con satisfacción, ofrecer algo valioso y significativo, un anzuelo

eficaz, si quería motivar a una misión tan arriesgada, por no decir estúpida y suicida.

Respiré tranquila, al menos de momento, hasta que escuché, tras un nuevo redoble de cajas, que el hombre añadía: "A cada colono, ya sea peninsular, criollo o hijo de la tierra, se le entregará un solar para levantar su casa, más un terreno cercano en el que llevar una huerta, y otro más en las afueras, destinado al pastoreo del ganado o viñedos, todo con el correspondiente título de propiedad".

Asimismo y habida cuenta de que los primeros meses habría que trabajar sin más ayuda que las propias manos, los colonos tendrían pleno derecho sobre los caballos mostrencos que, desde la disolución del poblado anterior, se habían reproducido como conejos y vagaban libres por la extensa pampa. ¡Esto sí que podía considerarse un aliciente!, mascullé entre dientes, desconfiada.

La muchedumbre, que hasta entonces había enmudecido de a poco hasta quedar en un silencio sepulcral, pareció contagiarse de mis dudas, porque un incipiente murmullo irrumpió en la plaza como las primeras burbujas en el agua a punto de romper hervor. Notándolo, el heraldo carraspeó y aspiró una honda bocanada de aire –gesto que le agitó las plumas del morrión–, antes de proseguir con la lectura y agregar que, una vez establecidos, los colonos, "fueran del origen que fueran", remarcó especialmente, accederían a la repartición de indios en encomienda.

Silencio general.

¡Acabáramos!, pensé maravillada. ¡A eso se refería Pedro! Él que siempre había añorado ser como Diego, poseer tierras y vidas ajenas. De haber podido, se habría blanqueado la sangre, aunque jamás reconociera su deseo.